

EL REGRESO DE LA EDUCACIÓN CÍVICA. BENJAMIN R. BARBER Y LA DEMOCRACIA FUERTE

José María SECO MARTÍNEZ

Rafael RODRÍGUEZ PRIETO

Universidad Pablo de Olavide. Sevilla (España).

RESUMEN

La educación cívica se encuentra en la misma base de la democracia. Todo sistema democrático que prescindiera de esta necesidad acabará haciendo desvanecerse la racionalidad democrática de sus instituciones. La democracia liberal es un buen ejemplo de este debilitamiento progresivo de las estructuras democráticas. Benjamin R. Barber no tarda en referirse a ella como “democracia débil”. La democracia carece de plenitud sin ciudadanos formados cívicamente. Educación y democracia están indisolublemente unidas. Por eso, para este autor la regeneración de la democracia, con sus contenidos reales de participación política, pasa necesariamente por la educación. Enseñar democracia es servir a la comunidad.

SUMMARY

Civic education is the very basis of democracy. Any democratic system that ignores its necessity will suffer, as a result, the fading of the democratic rationality of its institutions. Liberal democracy constitutes a good example of this progressive weakening of the democratic structures. Benjamín R. Barber refers to it as “weak democracy”. Education and democracy are closely related, which is why, for this author, the regeneration of democracy, with its real contents of political participation, depends on education. Teaching democracy means serving the community.

I. INTRODUCCIÓN

Nos proponemos aquí delinear, a grandes trazos, algunos de los argumentos que esgrime un autor convencido de que la educación cívica es la llave de la democracia. El nombre de este autor es Benjamin R. Barber. Polítologo estadounidense que ha dedicado su extensa obra¹ al estudio de los problemas que se han ido planteando en torno a la democracia liberal y, lo que es más valioso, a la propuesta de algunas soluciones, que puedan contribuir a mejorar las condiciones democráticas de las sociedades contemporáneas. Posiblemente sea uno de los autores que

1. Entre sus obras más destacadas podemos citar las siguientes: *Strong Democracy, An Aristocracy of Everyone* y *Jihad vs McWorld*.

más y mejor ha indagado en las condiciones de posibilidad de un gobierno plenamente identificado con las inquietudes, las necesidades y las expectativas de los ciudadanos. Sin embargo, en España apenas si se conocen sus aportaciones. Ha sido poco traducido y, pese a que el estudio sobre su obra escrita ha ido creciendo en estos últimos años², aún hoy es un autor desconocido en nuestro país. Sirva este trabajo para despejar en alguna medida el camino.

La minuciosidad edificante de sus primeros escritos dejaba ya entrever la que sería una de sus preocupaciones más intensas de toda su historiografía: el diagnóstico crítico de las democracias. Buena parte de sus trabajos, algunos de los cuales sobresalen por su relevancia intelectual, ponen de manifiesto la insuficiencia teórica de determinadas pre-concepciones cuya validez ha sido asumida sin apenas contrastes, como por ejemplo la ligereza con que se afrontan críticamente conceptos como el de totalitarismo³.

¿Se trata quizás de un autor liberal? Para alguien como él especialmente preocupado por el re-dimensionamiento global de las democracias liberales o representativas y por la des-democratización de los procesos de solución de los problemas sociales, este cuestionamiento de las democracias ¿le hace trasponer pasos hasta ahora prohibidos más allá de las fronteras del liberalismo? Trataremos con este trabajo de dar cumplida respuesta a estos y otros interrogantes. Para ello, iniciaremos nuestro relato rastreando los fundamentos teórico-prácticos de los que se sirve este autor para articular sus planteamientos contra la democracia representativa, para continuar a renglón seguido con el análisis de sus construcciones críticas. Después, ya en otro estadio, trataremos de deletrear las condiciones y los caracteres que su modelo de sociedad política o de democracia fuerte necesitan para su funcionamiento. Finalmente, a modo de conclusión, arriesgaremos respuestas y algunas ideas con el propósito de proseguir mañana con la tarea de seguir abonando nuestra esperanza de democracia.

II. EL CONTEXTO DE LA DEMOCRACIA. EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN

Benjamín Barber comienza uno de sus libros más afamados con una imagen: “Es imposible abrir hoy un periódico prácticamente en ningún lugar en el mundo,

2. Se ha traducido una parte de un capítulo de *Strong Democracy* en Vallespín, F. y otros, *La democracia en sus textos*, Alianza, Madrid, 1999. Entre los autores que se han hecho eco de las tesis de Barber en España, cabe destacar al profesor Rubio Carracedo. Especialmente, Rubio Carracedo, J., *¿Democracia o representación? Poder y legitimidad en Rousseau*, Madrid, CEC, Madrid, 1990. En este texto se describe el pensamiento de Barber, tomando como elemento primordial, su importante inspiración roussoniana. Finalmente destaca la reciente traducción de *Strong Democracy* a cargo del profesor y amigo J. J. Mora: *Democracia Fuerte*, Almuzara, Sevilla, 2004.

3. Vid. Friedrich, F., Curtis, M., Barber, B., *Totalitarism in Perspective: Three Views*, Praeger, New York, 1969, pp. 3-52.

sin ver la palabra democracia y preguntarse: ¿qué significa eso para mí?, ¿qué significa para la gente que me rodea?”⁴.

El paso del tiempo ha dejado entrever reflexiones de muy distinto signo acerca de la democracia. Desde Atenas y otras polis griegas hasta nuestros días la experiencia de los años ha estado jalonada de concepciones y experiencias diversas de democracia. De ahí que deba ser entendida como proceso histórico. No olvidemos que en los propios procesos de formación de las sociedades modernas, la democratización de la vida y las relaciones ha sido la aspiración secular de la modernidad occidental. En ella ha estado la clave del diseño de las iniciativas y las acciones sociales como prácticas de lucha de clases, que a la postre acabarían por transformar la configuración socio-jurídica del orden existente, a través del reconocimiento de nuevos espacios y nuevos derechos. La democracia, regazo inconfundible de prácticas de lucha y tradiciones, no puede ser entendida más que como proyecto histórico de distribución del poder entre y para la gente.

En la actualidad, sin embargo, se insiste en circunscribir el funcionamiento de la democracia a una serie de procedimientos electivos, con sus índices desiguales (el caso de la ley D'Hondt), y periódicos cada x años⁵, como si la práctica ordinaria de la democracia se agotara en el compromiso electoral de los ciudadanos. La frecuencia con que se prodiga esta convicción en las democracias occidentales equivale a admitir: (a) que el funcionamiento de las instituciones del Estado no es democrático, sino político; y (b) que la ciudadanía cada día se hace menos participativa. En primer lugar, porque se hace más débil. En la medida en que la voluntad del electorado se acaba difuminando entre partidos, programas e incontables circunscripciones electorales, hasta que es olvidada y luego sustituida por otra más apropiada a las exigencias de la industria electoral. El ciudadano no sugiere propuestas, no anticipa posibilidades, ni ofrece soluciones. Su compromiso democrático (electoral) se limita ahora a un compromiso de adhesión o no a las soluciones o posibilidades programáticas de los partidos. A menos participación en la vida pública (política), menos capacidad de respuesta al diseño político de nuevas relaciones de poder, esto es, de dominación, por medio de la adopción de la idea de regulación como principio ordenador de las relaciones sociales. Y, en segundo término, porque además es dirigida, a través de la formación mediática de estados de opinión —con arreglo a las consignas de grandes grupos o corporaciones— que sugestionan el punto de vista de los ciudadanos, con la connivencia, e incluso participación, de las propias instancias del Estado. Lo cual no deja de ser llamativo, si caemos en la cuenta de que la formación y existencia de una opinión pública libre se apuntala

4. Barber, B., Watson, P., *The Struggle for Democracy*, Lester & Orpen, Toronto, 1988, p. XIV. Este libro es una adaptación de una serie de televisión sobre la historia de la democracia.

5. Esta visión se completa con las aportaciones realizadas por la teoría de la elección racional. En este sentido vid., Buchanan, J., Tullock, G., *El cálculo del consenso. Fundamentos lógicos de una democracia constitucional*, Espasa Calpe, Madrid, 1980. Cfr. Barber, B., *An Aristocracy of Everyone*, Oxford University Press, London, 1994, p. 234.

como uno de los pilares esenciales de la cultura democrática. Es una condición previa y necesaria para el ejercicio de otros derechos inherentes al funcionamiento de un sistema democrático. Si el ciudadano no puede formar libremente sus opiniones porque no es informado lo bastante como para ponderar opiniones diversas y contrapuestas, tampoco puede participar de modo responsable en los asuntos públicos.

Sin embargo, existen otros pensadores que consideran imprescindible, desde posiciones muy diversas, la recuperación de la idea de participación integral de los ciudadanos en la toma de decisiones, esto es, en la acción política, supeditando a su realización la satisfacción de cualesquiera otras expectativas o intereses. Alentar esta exigencia de participación como experiencia política fundamental, equivale sin más a promover el descubrimiento atrevido de panoramas hasta ahora desconocidos en nuestras democracias, menos emboscados de lejanías entre quienes gobiernan y los destinatarios de sus decisiones⁶.

El pensamiento de Benjamin Barber emerge de esta necesidad social. Trata de dar respuesta a este anhelo humano de gobernarse a sí mismo, con respeto a los derechos humanos y a la interacción necesaria de los procesos culturales. La democracia es un proceso temporal, un banco de pruebas para prácticas, movimientos sociales y nuevas soluciones a los retos de la contingencia. No se puede reducir a planteamientos estáticos, entre otras cosas, porque la experiencia política no lo es, como tampoco son intemporales los conflictos a los que pretende responder. Cuando las sociedades anuncian que no existe mejor democracia que la que poseen, que ya no es preciso seguir avanzando, que sus tensiones sociales ya se han disipado, lo que están haciendo, lejos de certificar su estabilidad democrática, es naturalizar los resultados de una fase específica de sus progresos como proceso histórico y, por ende, anticipar primero y justificar después su des-construcción⁷.

En *Strong Democracy*, su libro mayor, encuadra el problema de las democracias occidentales en sus límites precisos: cuando los ciudadanos delegan acríticamente su soberanía, sin cuestionamientos, sin contrastes, sin apenas exigencias de participación, no hacen sino desestabilizar el mantenimiento democrático del sistema político, al facilitar la reproducción sin control de oligarquías que gobiernan al margen de los ciudadanos⁸. La perpetuación de dichas oligarquías socava los cimientos del frágil edificio de la democracia, que para el autor norteamericano no es una forma natural de asociación, sino más bien, una excepcional e imaginativa forma de ésta⁹.

6. Vid., en este sentido el muy interesante estudio de Arblaster, A., *Democracia*, Alianza, Madrid, 1992, especialmente las pp. 121-144.

7. Barber, B., *Three Challenges to Reinventing Democracy*, en Hirst, P., Khilnani, S. (eds.), *Reinventing Democracy*, Blackwell, Cambridge, 1996, p. 144.

8. Barber, B., *Strong Democracy. Participatory Politics for a New Age*, University of California Press, Los Angeles, 1984, p. 205.

9. Barber, B., *An Aristocracy of Everyone. The politics of education and the future of America*, cit., p. 5.

En consecuencia, ante la fragilidad de este modelo social, es preciso y urgente situar (educando) a los ciudadanos en la senda de la democracia.

De esta manera, se aproxima a dos de los contratiempos con los que se topa a diario la experiencia democrática que conocemos: uno de ellos se podría sintetizar en la inercia elitista que acarrea siempre la democracia liberal representativa; el otro se expresa a través de la escasa educación cívica de los ciudadanos en torno a dos ideas inapreciables para el funcionamiento democrático, léase participación y responsabilidad. Ni que decir tiene que ambos están profundamente interrelacionados. El control elitista del poder característico de la democracia liberal se debe en buena parte a la escasa formación cívica de la ciudadanía occidental¹⁰.

Quiere decirse que la educación cívica se encuentra en la misma base de la democracia. Por eso, todo sistema democrático que prescindiera de esta necesidad de formar ciudadanos activos, acabará desvaneciéndose la racionalidad democrática de sus instituciones. La democracia liberal es un buen ejemplo de este debilitamiento progresivo de las estructuras democráticas. Por eso Barber no tarda en referirse a ella como “democracia débil”. La democracia carece de plenitud sin ciudadanos formados cívicamente. Si estos no pueden (porque no saben) interactuar entre sí o con grupos, ya fueren locales o intermedios, o con las instituciones, se abrirá paso, eso sí con modos increíblemente civilizados, la retórica elitista de gobierno que da por sentado, por un lado, que los ciudadanos son incapaces de afrontar o decidir acerca de los problemas sociales, incluso de aquellos que más les conciernen y, por otro, que no son responsables. La propagación de este prejuicio elitista por todo el imaginario, en cualquiera de sus formas (como conformismo, escepticismo inactivo, atomización social o irresponsabilidad), presagia la debilidad del edificio democrático.

Pero tratemos de imaginar este planteamiento con un ejemplo. La mayoría de los ciudadanos siente la necesidad de adquirir un automóvil. Es más, nadie se cuestiona lo más mínimo si su adquisición responde o no a situaciones de utilidad. Todos sabemos que en las sociedades más desarrolladas la significación de este tipo de bienes de consumo es sobre todo simbólica y cultural. Desde este punto de vista adquirir un automóvil entraña una serie de ventajas socio-culturales indiscutibles. Sin embargo, por otra parte también tenemos el deber como ciudadanos de cooperar para que el aire de las ciudades que habitamos sea respirable y la explotación de los recursos naturales, que conlleva el disfrute de este tipo de bienes, no termine por arrastrar al planeta a situaciones insostenibles para la vida humana y no humana. Debemos ser conscientes de que ni el asfalto ni el aire de nuestras ciudades están preparados para absorber la incorporación indiscriminada de vehículos.

10. En este punto se hace preciso hacer algunas aclaraciones: para Barber el problema central de la recreación o restauración de la democracia no es la incompetencia o irracionalidad del hombre común. Más bien el problema reside en las condiciones que le afectan y obstaculizan a la hora de adoptar decisiones colectivas sobre el bienestar común. Barber, B., *Superman and Common Men. Freedom, Anarchy and The Revolution*, cit., p. 121.

Por tanto, de la misma forma en que reparamos en nuestras posibilidades y en los derechos que nos asisten, no debemos negar el hecho de que también nos corresponden deberes que no podremos declinar. Por tanto, si tenemos la posibilidad de disfrutar de tantas ventajas, también tenemos que asumir que las mismas son matizadas por determinados deberes. Este compromiso, que desagua directamente en la idea de responsabilidad, es una buena muestra de la educación cívica que se precisa en las sociedades complejas¹¹.

Educación y responsabilidad vienen a nuclear el modelo de sociedad política que nos propone Barber. En ellas está la fuerza para cambiar lo que es, seduciéndonos con lo que podría ser “una aristocracia de todos”. Son insustituibles en el camino hacia el autogobierno y son decisivas en la lucha contra lo que nuestro autor denomina, el “cosmopolitismo tóxico de los mercados globales”¹².

Claro que cuando hablamos de educación y de responsabilidad, nos referimos a formas distintas de educar y de responsabilizar. La educación cívica, junto al contenido primario del derecho a la libertad, supone una dimensión prestacional del ejercicio del derecho a la educación integral, que sobrepasa su función rectora tradicional de formar ciudadanos adaptados tanto a las exigencias que acarrea su integración en el sistema de funciones sociales, como a las implicaciones contextuales de sus relaciones privadas. Tiene por objeto despertar ciudadanos distintos capaces de vivir y de comprometerse como ciudadanos libres y responsables. Decimos libres y responsables porque dentro del mundo occidental-capitalista, la libertad se ha entronizado como la metáfora política de la democracia, hasta el punto de no reparar apenas en la idea de responsabilidad como contrapartida social necesaria. Existe el mito de que nacemos libres, pero, en realidad, no hay nada tan dependiente como un niño. En consecuencia, debemos aprender a ser libres¹³ y asumir compromisos responsables, con el propósito de constituir un autogobierno sabio que fortalezca la democracia¹⁴. Sabio no ya por sus modos impecables de hacer gobierno o buscar soluciones perfectas (irreales) a los problemas de los ciudadanos, sino por su forma de gobernar las sociedades, por su forma de adoptar las decisiones más apropiadas a la urgencia de los problemas, por su forma de buscar las soluciones, ahora tomadas con y para el conjunto de la ciudadanía, a través de la previsión de mecanismos en los que se pueda tanto publicar problemas o reivindicaciones, como efectuar deliberaciones, intercambios o exposiciones de ideas sobre los asuntos públicos¹⁵.

11. Con el consiguiente beneficio de los derechos de perfil o estructura individualista, que diría P. Barcellona, derechos que implican consumo, como por ejemplo la compra de un coche que significa algo positivo en los indicadores macroeconómicos del neoliberalismo.

12. Barber, B., *Fe Constitucional*, en Nussbaum, M. C. (coord.), *Los límites del patriotismo*, Paidós, Barcelona, 1999, p. 50.

13. Barber, B., *An Aristocracy of Everyone*, cit., p. 4.

14. *Ibid.*, p. 6.

15. En la actualidad nadie nos garantiza que las decisiones que se toman sean las perfectas. Pero lo que es todavía peor, que sean tomadas por élites para y por sus intereses. En este sentido vid.

Educación y democracia, por tanto, están indisolublemente unidas. Si la educación es un aprendizaje de la libertad y la responsabilidad, es decir, de los valores democráticos, parece lógico que se deba potenciar la escuela pública y democrática. Pero para ello es preciso cambiar la concepción actual de la enseñanza, actuando en favor de la comunidad y los espacios públicos¹⁶. El fin último de la educación pública ha de responder, por un lado, a la singladura vital de las personas y a los medios que les son más apropiados y, por otro, a la excelencia de los alumnos, permitiendo este modo el hallazgo de personas de pensamiento autónomo y deliberativo, capaces de conducir y formar parte de manera activa en el fortalecimiento del principio democrático participativo¹⁷.

Sin embargo, la experiencia diaria de nuestros sistemas educativos y la sinceridad de sus problemas nos descubren una escuela pública con problemas dispares que, lejos de atender a esta inquietud participativa, se limita a reproducir los fines prácticos del organismo social: la preparación profesional y la formación difusa del ciudadano. Son malos tiempos para la escuela pública. Si bien el derecho a una educación integral señala a los poderes públicos la obligación de impulsar y colaborar a la efectividad de ese derecho fundamental para nuestro sistema político, lo cierto es que el Estado ha ido haciendo dejación de sus funciones en materia educativa, al tiempo que ha ido abriendo tácitamente más espacios a la iniciativa privada. El Estado ahora se limita a detentar atribuciones de gestión, homologación e inspección del sistema educativo. Esta actitud constituye un grave perjuicio para el desarrollo de la pedagogía democrática y los valores cívicos, pues equivale a cuestionar la capacidad pública de garantizar una educación de calidad. O lo que es lo mismo, equivale a justificar la conveniencia de los procesos de privatización de la educación.

La regeneración de la democracia, con sus contenidos reales de participación política, pasa necesariamente por la educación. Ambas se implican recíprocamente. Mejor aún, “antes que hablar de democracia, valdría más hablar de demopedia”¹⁸. No en vano el problema de la educación constituye, parafraseando a Lacroix, “el meollo de nuestra civilización”¹⁹. Por tanto, enseñar democracia es servir a la comunidad. Es una pedagogía para una nueva concepción de la ciudadanía entregada a la renovación tanto de los valores democráticos como de las estructuras políticas.

Parameswaran, M.P., “Democracy. Participatory Democracy”, en Fisher, W. F., Ponniah, T. (eds.), *Another World is Possible*, Zed Books, New York, 2003, pp. 324-328.

16. Barber, B., *An Aristocracy of Everyone*, cit., p. 7.

17. A nuestro juicio estos cambios han de propiciar una verdadera reforma del pensamiento, en el sentido más preciso que alumbrara Edgar Morin. Vid. Morin, E., *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Paidós, Barcelona, 2001, especialmente las pp. 90-95.

18. Barlow, M., *El socialismo de E. Mounier* (trad. de Sans Vila y M.T. Martín), Sígueme, Salamanca, p. 166.

19. Lacroix, J., Guissard, L., *Presencia de Mounier* (trad. Mary Row), Nova Terra, Barcelona, 1966, p. 27.

Frente a la creciente privatización de los espacios públicos, bajo la apariencia de infalibilidad de las leyes del progreso y el mercado actual²⁰, con su lógica bivalente y oposicional (público-privado)²¹, sus tramas y sus escisiones entre ciudadanía y gobierno, se inscribe esta potente propuesta educativa de transformación socio-histórica de nuestra cultura democrática.

Todas estas contradicciones que el capitalismo democrático viene registrando en el funcionamiento de los Estados se remansan en una imagen, en un pensamiento o en una idea de inescamoteable tristeza: la ciudadanía ya no es el correlato de la libertad. El retroceso de los procesos democráticos²² arruina la expectativa ciudadana de abrir nuevos campos de posibilidades, de imaginar otros espacios, de instituir más derechos y ¿cómo no? de retomar la idea de servicio a la comunidad —que ahora se presenta como una actividad coercitiva al depender del gobierno—. El propio Barber certifica que este retroceso ha supuesto un cambio demasiado profundo en la tradición democrática de los Estados Unidos. Precisamente en ese país la idea de servicio o de compromiso con los demás no ha sido el reflejo de la idea de la caridad o de *nobleza*, sino de la responsabilidad de los ciudadanos como

20. Barber, B., *An Aristocracy of Everyone*, cit., p. 233.

21. Por *bivalente* hemos de entender la admisión como únicos valores de verdad de lo *correcto* y lo *incorrecto*, lo *verdadero* y lo *falso*. Así, al menos, se ha configurado siempre la lógica tradicional (Vid. Frege, G., *Ubre Sinn und Bedeutung*, “Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik”, 100, 1982, pp. 25-52, o en su sentido más deóntico a Wittgenstein, L., *Tractatus logico-philosophicus*, trad. Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Alianza Editorial, Madrid, p. 27). Por *oposicional*, hemos de entender la transformación en oposición absoluta brutal e irreconducible de cualquier diferencia, por medio de la asunción, en palabras del maestro y amigo Norman Solórzano Alfaro, como estructura cognitiva y pragmática básica de la relación *amigo-enemigo*. De este modo, el sector público se identificaría, con arreglo a esta lógica, con lo falso (bivalencia) y con lo malo (oposicional), mientras que, por el contrario, el sector privado se remansaría en lo bueno y además cierto. Vid. Barber, B., *Un lugar para todos. Cómo fortalecer la democracia y la sociedad civil*, Paidós, Barcelona, 2000, p. 13.

22. Ralph Miliband sí es más claro que Barber en su análisis de la democracia, como correlato del capitalismo. Según el autor británico el concepto de democracia capitalista, que es como prefiere denominar a la democracia liberal, es una contradicción en el más puro sentido del término en la medida en que engarza dos sistemas opuestos. Por un lado, el capitalismo es un sistema de organización económica que demanda la existencia de un minoritario grupo o clase de personas que se apropia de los principales medios de la actividad industrial, comercial y financiera, como también de los principales medios de comunicación y los controla. Un grupo que ejercita una influencia desproporcionada en la política y en la sociedad, en sus países y más allá de sus fronteras. Por otra parte, la democracia se basa en la negación de tal preponderancia y requiere una igualdad de condiciones que el capitalismo repudia. A su juicio, las democracias capitalistas se suelen basar en una definición mínima de democracia. De hecho se reduce a un procedimiento, pero éste es manipulado por las élites en su beneficio (Miliband, R., “The Socialist Alternative”, en Diamond, L., Plattner, Marc F., (eds.), *Capitalism, Socialism, and Democracy Revisited*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993, pp. 113-115). En este sentido, retomado las teorías emanadas de los movimientos sociales de los sesenta, vid. Bowles, S., Gintis, H., *Democracy and Capitalism. Property, Community, and the Contradictions of Modern Social Thought*, Basic Books, New York, 1986. Y desde una perspectiva neomarxista es importante tener en cuenta el trabajo de Woods, E. M., *Democracy against Capitalism: renewing historical materialism*, Cambridge University Press, New York, 1995.

objetivo prioritario de la educación liberal²³. Con esta perspectiva los ciudadanos no disponen de derechos *per se*. Antes bien, asumen y ejercen derechos, en la medida en que adquieren y mantienen responsabilidades.

Las más antiguas universidades de los Estados Unidos fueron fundadas en atención a esta idea de servicio. A principios del siglo XX Woodrow Wilson no escatimó quehaceres a la hora de promover la instrucción cívica de la ciudadanía. Si no se afrontaban los problemas de la educación con una actitud frontal, generosa y limpia, si no se tenía el cuidado de alentar una educación mejor, el conocimiento (saber) y la política (poder) acabarían en manos de un grupo de especialistas²⁴. Wilson se oponía al modelo germánico de universidades —Johns Hopkins—, que potenciaba ese tipo de colonización elitista del conocimiento²⁵. Si concebimos la idea de servicio como sinónimo de altruismo no se puede compeler a las personas a que respondan responsablemente para con sus conciudadanos y la comunidad. En cambio, si se entiende como parte esencial de lo que ha de ser la formación cívica integral de los ciudadanos, sí. “La educación es un ejercicio de autoridad (coerción legítima) en nombre de la libertad”²⁶. Dicho de otro modo, sugerir a la gente que sirva a otros seres humanos puede ser deseable, pero en ningún caso facilitará el hallazgo de seres humanos más responsables y autónomos. El objetivo no es servir, sino aprender a ser libre, a no ser indiferente, es decir, a ser responsable.

Siguiendo este objetivo, que pasa por una transformación pedagógica de la escuela pública con predominio de la educación cívica sobre la erudición y la preparación profesional, Barber puso en marcha en la Universidad Rutgers un servicio de educación cívica²⁷, en el que diseñaba la intersección de la enseñanza en las aulas con la práctica de actitudes cívicas y responsables²⁸. Era la forma que tenía de escenificar su respuesta al decrecimiento cívico de la ciudadanía en nuestras sociedades²⁹ y, por ende, al fortalecimiento de las élites, frente a ciudadanos aislados y cada vez más desposeídos de participación.

23. En este sentido véanse las propuestas que, sobre servicio comunitario conectado a una democracia participativa, ofrece Rimmerman, C. A., *The New Citizenship. Unconventional Politics, Activism and Service*, Westview Press, Boulder, 1997, pp. 10 y 4. Este autor comparte con Barber la idea de que la gente no nace ciudadano, sino que ese *status* precisa de la educación y práctica en el conocimiento de los derechos civiles y su aplicación.

24. No por casualidad una de las tensiones más decisivas en la construcción de la modernidad occidental es la tensión entre *poder* y *saber*, en virtud de la cual el poder busca siempre un saber que lo legitime. El poder, por definición, siempre tratará de apropiarse del saber como condición de posibilidad de su reproducción. Cfr. Bourdieu, P., *Meditaciones pascalianas*, trad. T. Kauf, Anagrama, Barcelona, 1999, pp. 125 y ss. Vid. asimismo Id., *Poder, derecho y clases sociales*, trad. A. García Inda, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000, pp. 166 y ss.

25. Rimmerman, C. A., *op. cit.*, pp. 246 y 247.

26. *Ibid.*, p. 250.

27. *Ibid.*, pp. 251 y ss.

28. *Ibid.*

29. Barber, B., *Strong Democracy*, cit., p. 22.

Nos adentramos así en el otro de los contratiempos de la democracia que esbozara la diagnosis barberiana. La creciente atomización de la sociedad, patrocinada por los medios de comunicación mundialmente con el propósito de aderezar estratégicamente la cultura —*McWorld*—, está desmantelando la sociedad civil y la cultura democrática³⁰. La presión sobre el pensamiento y los reflejos a través del control hegemónico de la cultura continúa siendo la metáfora reciente de la democracia. Esta labor que propaga la uniformidad cultural, la comunión ideológica y el amor a patrones comunes resulta esencial para el mantenimiento de la inercia elitista que padecen las sociedades democráticas contemporáneas. Funciona como una especie de apisonadora que se hace no ya con los mandos del organismo político, sino con la prensa, la opinión y la cultura. Colonizando la voluntad o modelando las aspiraciones se apropia del imaginario para justificar que el gobierno como la política, por muy democrática que ésta sea, siempre será cosa de unos pocos. Que la oligarquía está justificada, en la medida en que la responsabilidad de gobernar ha de recaer sobre los hombros de quienes tienen la preparación para sobrellevar una carga “tan pesada y aburrida”. Claro que este planteamiento es fácilmente impugnabile. La función de gobernar no es tan pesada. Entre otras cosas porque no se trata de una carga, sino sólo de poder. De manera que si la responsabilidad de hacer política, que es una forma civilizada de hablar de poder, se encomienda tan sólo a unos cuantos, si no es distribuida entre todos, la democracia acabará sepultada bajo una concepción dogmática y elitista del poder por más que se revista de formas democráticas. Por eso, cuando nos vienen con esas hemos de pensar que no se trata tanto de adquirir responsabilidades como de tomar el poder y, una vez tomado éste, de ejercerlo proscribiendo la participación democrática de los ciudadanos.

Barber se hace eco en este punto de las reflexiones de John Dewey. La democracia como forma de vida descansaría en la necesidad de participación de cada ser humano maduro en la formación de los valores que regulan la vida en común, en la búsqueda tanto de su desarrollo personal como del bienestar social. Desde este punto de vista, democracia equivale a indagar en los medios más idóneos para el aseguramiento de los seres humanos y de sus sociedades, con la exigencia del “derecho al libre desarrollo y al máximo de responsabilidad”, que diría Emmanuel Mounier³¹. Desde luego, a esta visión amplia y participativa de la democracia no es a la que estamos acostumbrados. Normalmente identificamos democracia con determinadas formas de hacer gobierno o con sistemas electorales que posibilitan la alternancia y reproducción elitista de la clase política. Hay que decir que la democracia excede este planteamiento limitado y parcial. Básicamente consiste en una manera eficiente de formar ciudadanos comprometidos con su tiempo y con el

30. Barber, B., *Jihad, vs. McWorld*, Times Books, New York, 1995, p. 275.

31. Mounier, E., *Revolución personalista y comunitaria*, en *Obras Completas*, Vol. I, Sígueme, Salamanca, 1992, p. 335.

desarrollo de sus iniciativas y potencialidades como seres humanos. Ciudadanos que no se van a sustraer a sus compromisos cívicos de participación, que no van a acceder a seguir delegando íntegramente sus decisiones en manos de una minoría espiritual, por grande que sea la apariencia de su capacidad resolutoria. No disminu-yamos, por tanto, el problema. Si el ciudadano prefiere seguir fortificado y aislado en el cuerpo social, abjurando del común *nosotros* y justificando la identificación entre autoridad democrática y clase política, se estará allanando el camino a una mística difusa de las élites de gobierno con sus múltiples formas de dominación, mediante la negación de la participación. Por eso, proponemos más actitud cívica y más estructuras participativas que permitan la adopción ciudadana de decisiones ágiles, responsables y no anónimas. Porque frente a una sociedad civil demasiado mediatizada por el Estado y sus fines, sólo la eficiencia participativa, la comunicación y el método de la responsabilidad nos devolverán nuestra tradición democrática.

De hecho, como apunta Barber, cualquier tiranía, sea o no democrática, se define por la verticalidad de sus estructuras que niegan la comunicación-participación, frente a una lateralidad democrática horizontal y comunicativa. En 1984 —fecha en la que Barber aborda esta cuestión en un coloquio sobre telecomunicaciones y democracia— las nuevas tecnologías prometían un sinfín de nuevas posibilidades para la participación ciudadana. Por aquel entonces nuestro autor insistía en el efecto emancipador que para los ciudadanos podía contraer el uso democrático de las tecnologías de la información³². Los años se han encargado de demostrar lo contrario. La intervención pública en el campo de la información, lejos de alentar la participación directa de los sujetos en la gestión del poder, se ha centrado en la promoción de sus contrapartidas menos democráticas, como la creación de grandes e incontrolables oligopolios mediáticos y la disminución de la calidad e inteligencia de los contenidos televisivos.

Estas páginas han procurado responder al deseo de elucidar el pivote sobre el que se asienta toda la crítica de Barber a la democracia actual. La liquidación de la educación cívica y sus inevitables reflujos minoritarios y elitistas lo conducen a cuestionarse la fidelidad democrática del sistema liberal representativo. Después llegará a la conclusión de que el origen de sus desviaciones radica no tanto en el carácter desfalleciente del organismo político, como en la propia debilidad democrática de sus estructuras. Un modelo de democracia débil que se ha de completar por otro más robusto, con la capacidad y la solvencia democrática suficientes para avanzar en la tarea de educar cívicamente a los ciudadanos y de asumir responsabilidades adoptadas por el conjunto de la ciudadanía en el ejercicio de sus funciones de autogobierno.

32. Barber, B., y otros, “Telecommunications and Democracy”, en *Democracy Project Reports*, nº 10, Telecommunications Research & Action Center, 1984, pp. 31 y 42.

III. PROBLEMAS DE LA REPRESENTACIÓN: ¿POR QUÉ ESTA DEMOCRACIA?

En *Democracia Fuerte*, la obra por la que quizás más se ha significado, Barber dista bastante de solidarizarse con la defensa de la democracia liberal y parlamentaria. Es necesario precisar aquí cómo se sitúa frente a la misma y a sus postulados políticos. Su actitud será frontal y sus registros, desde luego, bastante críticos. Señalaremos aquí sólo los que consideramos más importantes, para luego desplegar nuestra atención en sus propuestas. Unas aportaciones que, bajo el rótulo de Democracia Fuerte, pretenden refrendar la necesidad de asumir las conquistas y los principios de la democracia moderna. Pero no como el gran objetivo a batir, sino como el punto de partida de un proceso más amplio, en el que los ciudadanos puedan ejercer sus responsabilidades y elegir su destino, controlando los medios y participando en la vida pública. No es el momento de mirar atrás. Barber no nos convoca para los mismos problemas que ya conocemos. No se trata de remozarlo todo, sino de profundizar en el autogobierno y en la conquista de espacios públicos de acción colectiva.

Quiere decirse que ya es hora de avanzar más allá de los límites del modelo de democracia que conocemos, de dar entrada a otras iniciativas que hagan a la democracia más real, esto es, más transparente y participativa. Si para Barber la política es un proceso temporal, su modelo de democracia (*Strong Democracy*) es más bien un porvenir que realizar. Por ello ha llegado el momento de exponer con claridad la traición que los sistemas democráticos liberales o representativos han infligido al autogobierno ciudadano y a la idea de comunidad de intereses. En una conferencia impartida en la Universidad Loyola de Chicago habló ampliamente acerca de esta cuestión. Estas fueron algunas de sus palabras: “Si analizamos la teoría contractualista que funda la democracia liberal, nos damos cuenta de que ésta sugiere un modelo hipotético, abstracto, ficticio y descontextualizado donde los individuos libres, independientes e iguales por naturaleza, solitarios e individualistas deciden ponerse de acuerdo y ceder algunos derechos para salvaguardar la propiedad y su vida”.

No es que Barber desmerezca la importancia histórica del contractualismo como sostén del individualismo moderno. Más bien reprocha a la democracia liberal —amén del alejamiento representativo de sus instituciones parlamentarias³³— que haya entregado conceptos como el de interés público, comunidad o gobierno a la reproducción socio-económica de la burguesía liberal, es decir, le recrimina su perfil instrumentalista³⁴ que supedita el interés común a las necesidades privadas e

33. Una división entre representantes y representados que responde a una percepción elitista del régimen democrático, piénsese si no en la teoría elitista de Schumpeter. Barber, B., *Can America be Democratic? A Participatory Critique of the Liberal Consensus*, Loyola University of Chicago, Chicago, 1981, pp. 3-10.

34. Barber piensa que la política debería ser tratada como la filosofía, es decir, por medio de la búsqueda del conocimiento por amor al mismo y en sí mismo. Para ello inventa el neologismo *philo-*

individuales, o más concretamente y desde nuestro punto de vista, a los derechos de propiedad concebidos por el contractualismo. Lo cual no nos debe sorprender cuando en el fondo, bajo la búsqueda nominal de la libertad, el contractualismo orientaba la transformación de las instituciones y las relaciones sociales en orden a la consolidación jurídica de los pilares del liberalismo burgués: *libertad, seguridad, propiedad y cumplimiento de los contratos*. De este modo, participación y comunidad quedan a expensas del individualismo —es lo que Barber llamará *thin democracy*—.

Claro que Barber no se limitó a apostillar la indolencia de las costumbres democráticas o la desviación de los mecanismos representativos liberales. Comprendió que detrás de esta decepción, de un modelo democrático con tantas vacilaciones, acechaba la obra de no pocos autores inscrita en el pensamiento político liberal. Por eso acomete la revisión de sus textos, con el fin de fundamentar de manera más convincente sus apreciaciones acerca de la realidad política occidental. Lo cual no deja de ser llamativo si reparamos en algo que sucede en la actualidad y que es insólito desde el punto de vista del carácter múltiple e histórico de la acción política: el descrédito generalizado de la vida y la vocación políticas, frente a lo que ha venido siendo una constante en la transformación histórica de las relaciones entre sociedad y poder. Desde la antigüedad clásica, el vigor de la política, como expresión histórica de soluciones a los problemas de la convivencia, ha sido siempre sinónimo de compromiso social. Pocos autores de los siglos XVII y XVIII dejaban de añadir una Política a su Teodicea, a su Lógica o a sus Tratados³⁵. Lo cual contrasta sobremedida, por un lado, con el escepticismo o inhibición que florece hoy en nuestras democracias, como reflejo de ese otro desprestigio de la vida pública que hoy puebla la imaginación de los ciudadanos y, por otro, con el anuncio, que apresuran algunos, del fin de la era de los grandes gobiernos, como preámbulo del triunfo inevitable del sector privado³⁶. Precisamente para restaurar el valor de la experiencia política como experiencia social decisiva, requerimos de nuevas ideas y gobiernos que las impulsen, más allá de marcos conceptuales prepolíticos rígidos, rehenes de concepciones no expuestas al conflicto y al debate público³⁷.

policy con el que trata de significar una preocupación por la política carente de cualquier instrumentalismo, entendido éste como un medio para supeditar las acciones públicas a los fines privados, insistiendo en una igualdad en la participación sin reparar en la calidad de la misma. Barber, B., *Superman and Common Men. Freedom, Anarchy and the Revolution*, cit., p. 122. Vid. también a Barber, B., *The Death of Communal Liberty. A History of Freedom in a Swiss Mountain Canton*, Princeton University Press, Princeton, 1974, p. 5.

35. Cfr. en este punto las páginas de Mounier, E., *Manifiesto al servicio del personalismo*, en *Obras Completas*, cit., p. 717.

36. Barber, B., *Can America be Democratic? A Participatory Critique of the Liberal Consensus*, cit., p. 57.

37. Barber, B., *Strong Democracy*, cit., pp. 156-160.

Así que en otro de sus libros más conocidos, aunque de factura más breve, titulado *The conquest of Politics*³⁸ decide emplearse a fondo en el análisis de las principales filosofías liberales de la actualidad. A su juicio, autores de la talla de Robert Nozick, John Rawls o Bruce Ackerman han hecho fortuna merced a que sus fidelidades democráticas y sus actitudes emancipadoras han respondido más a las exigencias de los procesos socio-culturales e históricos de formación de la modernidad occidental-capitalista, que a las necesidades de nuestro contexto político actual. Bajo el decorado formal de reivindicaciones y nuevos derechos no han cambiado nada. Pues siguen vigentes las mismas concepciones (dogmáticas) del poder democrático, de la misma forma que siguen existiendo las mismas relaciones de dominación. Quiere decirse que se sigue proscribiendo la emancipación y el interés social de las comunidades³⁹. A estos autores les reprocha precisamente el no haber procedido a una liquidación definitiva de este modo absoluto de concebir la realidad democrática. Incluso más, el haber contribuido a cristalizar el proyecto societario de la ilustración, o lo que es lo mismo, a bloquear el cambio paradigmático que requieren nuestras sociedades, reduciendo lo político a mera razón formal. O quizás debiéramos preguntarnos ¿existe un modo mejor de naturalizar el proceso histórico, de reducir el avance social de nuestras comunidades al desarrollo capitalista?

Si partimos de la base de que la política proviene de los conflictos y que, como dirá Marina, jamás conseguirá separarse de ellos⁴⁰, no se puede imponer un consenso cognitivo a la colisión de intereses⁴¹. El juicio político no es sino la facultad soberana que tiene el cuerpo político de manifestarse, de deliberar en multitud. Autores como Maquiavelo, Rousseau o Jefferson han insistido en que la ciudadanía es sabia frente al individuo. Lo que se ha de traducir en un decidido impulso a la educación cívica, como antes ya veíamos, y a estilos más abiertos y responsables de participación política más allá del voto ocasional o la manifestación en lugares de tránsito público⁴².

38. Vid. Barber, B., *The Conquest of Politics. Liberal Philosophy in Democratic Times*, Princeton University Press, New Jersey, 1988.

39. Barber, B., *The conquest of Politics*, cit., p. 193.

40. Marina, J. A., *Los sueños de la razón*, Barcelona, Anagrama, 2003, p. 10.

41. Barber, B., *The conquest of Politics*, cit., p. 208.

42. Un derecho de manifestación que curiosamente se concibe, más que como un derecho de participación directa en la vida pública, como una manifestación colectiva de la libertad de expresión ejercitada a través de una asociación transitoria de personas. Por eso está posibilidad de actuación y participación en el campo político viene cargada de límites, frustrando así un entendimiento más amplio y cercano de lo que sin duda constituye un ejemplo muy reciente de las nuevas necesidades de participación de la sociedad civil. Repárese si no en las concentraciones masivas que vienen ocupando las calles en los últimos meses. Por eso hay que decir que una cosa es que se conciba como un derecho absoluto e ilimitado que deba prevalecer por encima de otros valores democráticos, y otra muy distinta que sus elementos definidores sean simplemente el subjetivo —agrupación de personas—, el temporal —duración transitoria—, el finalista —licitud de la finalidad— y el real u objetivo —lugar de celebración—, hasta el punto de que si no se ciñen a los mismos constituiría una actuación antijurídica y abusiva de los ciudadanos manifestantes.

De cualquier modo, para el politólogo estadounidense no se trata sólo de insuficiencias políticas o de indecisiones plenamente democráticas, como tampoco es cuestión de reducir los problemas que se ciernen sobre nuestras democracias al simple asedio de lo económico sobre los procesos de decisión. El horizonte de sus desviaciones es mucho más complejo y se manifiesta en diversos frentes. Es evidente que la colonización de lo político por lo económico es uno de ellos y no el más reciente. Pero destacan otros no menos importantes por sus repercusiones sobre el sistema político. La imaginación e institución de espacios políticos supra-estatales que escapan al necesario control de los ciudadanos, el impacto que el control de la información adquiere hoy sobre los procesos políticos, el deterioro democrático de las instituciones del Estado, las disensiones étnicas y territoriales, la impotencia representativa de las Cortes Generales, son el testimonio, por otra parte difícil de aceptar, de esta situación general de devaluación democrática. Por tanto, digamos que no se trata sólo de algunas insuficiencias sino de algo mucho más profundo y radical: la incapacidad de nuestros sistemas democráticos, con estructuras demasiado débiles, para articular respuestas a las nuevas demandas de democratización de la ciudadanía. Este hecho pone de manifiesto toda una concepción de la democracia que, más que un gobierno del *demos*, se convierte en poco más que una manera de sancionar las decisiones previamente adoptadas por élites de gobierno, esto es, en la última manifestación del poder, en su disfraz más civilizado e hipócrita. La soberanía se reduce así a participar en una elección de casta de quienes nos ha de gobernar⁴³. Nada es menos democrático que esto.

Por tanto, una de dos, o asumimos de verdad como meta política de nuestras instituciones los valores de la libertad, la igualdad y la justicia, fortaleciendo en sus realizaciones el autogobierno y el civismo responsable de la ciudadanía o, por el contrario, seguimos agregando razones para explicar la debilidad de nuestras estructuras políticas ante el avance imparable, por ejemplo, de grandes consorcios económicos, que mediatizan estratégicamente tanto el curso de las relaciones internacionales como el desarrollo de las acciones nacionales de gobierno. Con esto no queremos decir que la actitud de estos consorcios o multinacionales, encaminada a la maximización de sus beneficios, pese a sus registros de desempleo o degradación natural, sea ilegítima. Si así fuera nos veríamos en el deber de reprochar incluso nuestra propia actitud individual orientada, en tanto que consumidores habituales, a la maximización de nuestra utilidad de consumo. Todos somos actuarios de lo mercantil, porque desgraciadamente no hay otro modo de ser antropológico en el mundo. Antes o después todos tendemos a maximizar nuestras intervenciones en el mercado, ora como consumidores, ora como inversores o empresarios. Corresponde por tanto a la sociedad civil y a los gobiernos democráticos anticipar la realización de fines sociales⁴⁴, por encima de nuestras actitudes individuales, es

43. Barber, B., *The Death of Communal Liberty. A History of Freedom in a Swiss Mountain Canton*, cit., pp. 5-6.

44. Barber, B., *Jihad vs. McWorld*, cit., p. 242 y 243.

decir, anteponer el valor ciudadano del *nosotros*⁴⁵ a la disposición fragmentaria del *yo consumidor* —que se dice y se piensa cuando consume—. Por eso insistimos en este punto, o denunciamos esta nueva racionalidad des-democratizadora que afecta a todo el cuerpo político, o seguimos dejando el poder en manos de un régimen que, pese a algunas de sus realizaciones históricas, se sigue organizando en torno a la virtualidad profética de un discurso ideológico que rubrica, por un lado, la disposición de lo mercantil para arbitrar *mecanismos de construcción social perfecta del orden* y, por otro, la superioridad de toda una clase restringida de hombres de gobierno severos y austeros, pero también cada vez más distanciados de los intereses que no les son cotidianos. Hay que elegir. O más democracia o más dominación.

Sin embargo, el drama consiste, como sugiere nuestro autor, en que la sociedad civil se está privatizando, o lo que es lo mismo, que está deponiendo la persecución de fines públicos y sociales. Ahora son los intereses privados de un pequeño grupo de personas los que marcan la pauta civil de nuestras relaciones. Es la hora del triunfo de los fines privados sobre la *ilusión* comunitaria. Es la hora de la autonomía individual sin adhesión responsable. Ni siquiera las asociaciones de voluntarios escapan a esta atmósfera de *lobbies* privados donde apenas si quedan espacios para que hombres y mujeres se entreguen con libertad. Los grupos de comunicación, herederos de los socializadores tradicionales, ya no transmiten valores democráticos —a sus contenidos nos remitimos—, y el Estado con sus burocracias ha olvidado el significado de la palabra “ciudadano” —quizás el término sea el mismo, pero el significado ya es distinto—. El sector privado con sus endogamias y sus fines ilimitados se afirma como el centro cristalizado de toda la actividad social.

Si la sociedad civil es clave para una democracia más real, más fuerte y participativa, necesitamos, como apuntará Barber, de otras metodologías que resitúen a la sociedad civil como el eje que es de todas las democracias⁴⁶. Debemos huir del terror de la *Jihad* y de las insuficiencias del *McWorld*⁴⁷. La democracia representativa, tanto por la relativa lealtad representativa de sus mecanismos como por su extrema vulnerabilidad, subvierte el proceso político en la medida en que deja de ser participativa y relega a la sociedad civil. Si además caemos en la cuenta de que supeditar la voluntad y el juicio de los ciudadanos a normas abstractas sobre las que no puede existir un consenso real, no es democrático, podremos imaginar mejor en qué proporciones se ha desposeído de sentido a la ciudadanía y hasta qué punto se ha bloqueado la posibilidad de que ésta se autogobierne. La política pasa a ser “aquello que los políticos hacen” y nosotros

45. *Ibidem*.

46. *Ibid*, p. 287.

47. Para Barber la democratización de las naciones emergentes no se consigue simplemente exportando capitalismo. *Luxus* americano no puede confundirse con la *lex* humana. Barber, B., *Fear's Empire. War Terrorism and Democracy*, Norton, New York, 2003, p. 168.

nos limitamos a votar a no importa quien cada cuatro años. Los ciudadanos quedan vinculados a unas leyes en las que no sólo no han participado, sino que además se postulan como el reflejo de una “voluntad general” —tan abstracta como irreal— comprensiva tanto de intereses generales como locales, de sociedades heterogéneas, de cuestiones ideológicas diferentes, de creencias distintas, etc. En fin, la política ya no es cosa de todos y la democracia liberal ya no es democrática —ni tan siquiera es convincente políticamente⁴⁸—. Llegados a este punto sólo nos resta preguntarnos, ¿qué soluciones, qué otros caminos, atesora este profesor de la Universidad de Maryland?

IV. LAS ALTERNATIVAS DE BENJAMÍN R. BARBER

La alternativa que nos propone Barber responde a la necesidad de entender la democracia de manera muy distinta, mucho más allá de su forma actual, visible en las instituciones parlamentarias, con sus proezas y epopeyas de democracia. Él nos sugiere sencillamente más democracia. Pero no se limita a enmascarar esta necesidad con matices. Su apuesta será desde el principio directa. Es preciso revitalizar el valor de la comunidad —no en su versión colectivista—, para que todas las personas puedan desarrollar, con plenitud y responsabilidad, al máximo sus potencialidades e iniciativas. Para ello, con un compromiso público no conformista, habrá que diseñar y poner en funcionamiento instituciones políticas más cívicas y compatibles con las exigencias complejas de las sociedades modernas. Llamemos *democracia*, con esta óptica, al autogobierno de los ciudadanos, en vez de al gobierno representativo en nombre de los ciudadanos, a través de instituciones diseñadas con el fin de propiciar una participación cívica continua desde la fijación de los asuntos a tratar en la agenda de gobierno, hasta su deliberación, adopción legislativa y ejecución.

Ni que decir tiene, que este modelo de democracia (fuerte) es el fruto de una elección, pero también es el resultado de una larga serie de escritos preparatorios en los que va viendo poco a poco sus razones y sus esperanzas de democracia. Si existe uno que pudiera considerarse decisivo ese es, desde luego, el de su tesis doctoral. Durante el desarrollo de sus investigaciones doctorales, con el propósito de cuestionar el constitucionalismo liberal como modo de ser en política, llevó a cabo un estudio minucioso de una experiencia participativa —de democracia directa dirían algunos— en el cantón suizo de *Graubünden* (antigua República de Raetia)⁴⁹. Por supuesto, esta experiencia no podía ser integrada en el contexto socio-político de la democracia liberal⁵⁰, sin embargo constituía un referente inapreciable, dada

48. *Ibid.*, pp. 146 y ss.

49. Vid. Barber, B., *The Death of Communal Liberty. A History of Freedom in a Swiss Mountain Canton*, cit., 1974.

50. *Ibid.*, pp. 268-269. Barber describe una lucha entre los defensores de la tradicional autono-

su disimilitud radical con aquélla, para elucidar la debilidad de las estructuras democráticas liberales como para detectar aspectos que pudieran fortalecerla.

Tanto fue así, que a lo largo de su historiografía definirá a la democracia fuerte como la manera en que se resuelven los conflictos sociales mediante la participación y la auto-legislación próxima y continua. Si como decíamos hace apenas unas páginas la democracia liberal y representativa es una democracia “que da al hombre libertades que el capitalismo le impide usar”, la democracia fuerte es una democracia que restaura el valor político de la comunidad. Es una democracia que re-establece todas las estructuras políticas, que repone al ciudadano en sus deberes y en sus derechos, que rescata al ser humano de la dependencia psicológica y el aislamiento de los individuos privados y que antepone a los “intereses privados y dependientes” de cada uno, la satisfacción de los “bienes públicos”⁵¹.

Con esto quiere decirse que los principios políticos de las democracias occidentales no son ni se pueden entender como absolutos. Las democracias se construyen lentamente, cultura a cultura, con sus luchas y prácticas sociales, con sus necesidades y sus posibilidades de creación. Tanto el tribalismo, como las tiranías (algunas con sus formas democráticas), no son buenas para entrar en la senda de la democracia⁵². La historia de los últimos doscientos años da fe de ello. El camino hacia la democracia (fuerte) se construye mediante la continuidad, esto es, la realidad desnuda e inmediata de los sujetos, la historicidad (finitud) de sus condiciones sociales. Por eso, ofrece más participación, y menos esquemas pre-políticos inmutables, en la resolución dinámica y mutualista de los problemas, más fines públicos donde antes no existían. En una democracia semejante, los fines públicos no se extrapolan desde absolutos, ni se descubren en un consenso oculto preexistente. Antes bien, son forjados mediante el acto de participación pública, creados mediante la deliberación y la acción común, que cambia de forma y dirección cuando se someten a estos procesos deliberativos⁵³.

De este modo, los propios valores políticos clásicos de la democracia moderna —la libertad, la igualdad y la justicia social—, abandonan su sentido más instrumental y adquieren un índice más enérgico y abundante a la luz de la idea de participación. O ¿acaso debemos entender que la libertad se agota en el simple intercambio de voluntades libres, en el cumplimiento libre de los contratos o en el

mía del cantón y la élite política y económica de Suiza. En cierto modo, tratará de extraer aquellos elementos salvables de la democracia directa que estudió, y que según concluye en su estudio, terminaron por atrofiarse, para la propuesta que en 1984 haría en su obra fundamental *Strong Democracy o Democracia Fuerte*.

51. Vid. Barber, B., *Strong Democracy*, cit., pp. 131-132.

52. Barber, B., *Jihad vs. Mcworld*, cit., pp. 278 y 279.

53. En este sentido, se inscribe la reciente contribución española sobre la democracia. En Soriano Díaz, R., y De la Rasilla, L., *Democracia vergonzante y ciudadanos de perfil*, (Comares, Granada, 2002), se apostilla una visión, desde luego, bastante decidida acerca de lo que los autores denominan “democracia participativa basada en la creación permanente de grupos de ciudadanos de acción política” (pp. 246 y ss.).

libre contrato de sociabilidad? No deberíamos apostar por una noción más amplia y cercana. ¿No deberíamos más bien concebir la libertad como el resultado de un proceso cívico de participación de los ciudadanos en la comunidad? El modelo liberal de democracia hace de la libertad la suficiencia del más fuerte, como ha hecho de la política una actividad sólo atribuible a profesionales o expertos. Por el contrario, la democracia fuerte crea (educando) ciudadanos cívicos y responsables, porque depende de ellos. ¿De qué otra forma podría administrarse la constante confrontación entre los intereses fragmentarios del *yo*, como ciudadano, y los *otros*, como ciudadanos? La respuesta de Barber no lleva las trazas de ser ambigua en este remate: la ciudadanía nos ha de enseñar y exigir a actuar y pensar en común, haciendo de ella un *nosotros* pensante y actuante. En esto consiste la libertad.

He aquí a la democracia (fuerte) como forma de gobierno de la ciudadanía: como autogobierno responsable de sí misma, no como mística mayoritaria (democracia de masas) o como autonomía de las voluntades (democracia individualista). La actitud de la ciudadanía se sintetiza pues en el compromiso responsable de la singularidad de todos y cada uno de nosotros —no hablamos de colectivismo unitario—, en el intercambio recíproco y horizontal de abnegaciones, que diría Mounier. Esto equivale a significar la necesidad de propiciar otras condiciones de posibilidad democrática a nuestras instituciones y relaciones, sin poner nuestra naturaleza singular e irreplicable, pero también plural, en manos del individualismo y de lo mercantil. Se trata de construir nuevos espacios donde quepan todos, donde todos podamos manifestarnos y comunicarnos recíprocamente. Por eso, frente a esta “metafísica de la soledad integral”⁵⁴ que se apropia del imaginario, acampando en nuestras ciudades y haciéndose con las riendas del organismo político, Barber nos propone una de sus mayores intuiciones: la democracia participativa como escenario posible de relaciones diádicas entre ciudadanos responsables en la comunidad (nosotros)⁵⁵. Para eso necesitamos rehabilitar las nociones de comunidad y ciudadanía, por la re-situación de la conversación-acción pública como el eje extenso de sus instituciones y reformas políticas. La conversación pública fecunda el juicio político y éste, a su vez, se materializa en la acción política como decisión pública, esto es, como parte de una acción y trabajo comunes⁵⁶.

Claro que ello no equivale a decir que debemos vivir la institucionalización de tales mecanismos sin pisar los rieles de la democracia representativa. No se trata de liquidar (purificar), sino de rehacer las estructuras. Desde la democracia liberal, con sus limitaciones y sus exclusiones, se puede engendrar más democracia⁵⁷. Debemos ser realistas. Si deseamos más democracia (*strong democracy*), debemos compatibilizar las nuevas soluciones con las instituciones representativas. Sólo así podremos dinamizar en el vientre complejo de nuestras sociedades el funciona-

54. Mounier, E., *Revolución personalista y comunitaria*, en *Obras completas*, cit., p. 191.

55. Vid. si no a Barber, B., *Un lugar para todos*, cit., p. 11.

56. Barber, B., *Strong Democracy*, cit., p. 173.

57. *Ibid.*, p. 265.

miento de un proyecto político como éste⁵⁸. Sólo así podremos salvaguardar a las minorías y a los sujetos, supeditar el uso de la tecnología a los retos de la ciudadanía y ofrecer una alternativa clara al gobierno elitista tradicional de la clase política.

Una forma de hacerlo es institucionalizando la conversación y la acción públicas. Para ello, Barber propone, en primer lugar, la creación de asambleas vecinales, corporaciones públicas de comunicación en el nivel local, con posibilidades de acceso a subsidios públicos, en las que la información se democratice y la discusión pública se enriquezca. Seguidamente, dentro de la institucionalización del proceso de decisión, Barber insiste en asegurar la fidelidad democrática de las decisiones por medio de la iniciativa popular y el referéndum, utilizando el acervo de ventajas que contrae la democracia electrónica⁵⁹. En los procesos electivos se seguiría, incluso en algunas ocasiones, el ejemplo de las polis griegas en la elección por sorteo de los funcionarios públicos. Finalmente, para institucionalizar la acción pública o democrática Barber aboga por la recuperación de los espacios públicos, apostando por la vecindad y la democratización del lugar de trabajo, amén de la responsabilidad de los poderes públicos en la promoción de la educación y formación ciudadanas en cuestiones tan decisivas para la paz social y la convivencia plural, como la política y la economía. En fin, nuevas propuestas políticas, con sus instituciones y sus horizontes alternativos, frente a las insuficiencias e infidelidades de las democracias occidentales.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN

Después de este recorrido volvamos sobre nuestros pasos y preguntémosnos ¿cuánto del modelo liberal de democracia permanecería en su modelo de sociedad política (*Strong Democracy*)? ¿Hasta qué punto es conciliable la lógica del *McWorld* con su modelo de democracia fuerte?

Como podrá suponer el lector la respuesta a estos interrogantes no parece fácil. Tampoco es que queramos responder a ellos en apenas unas páginas. En cualquier caso, lo cierto es que Barber encuadra el debate entre capitalismo y democracia en sus límites precisos, al situar el *quid* del problema en el contexto de confrontación que hoy mantienen los sistemas democráticos y las grandes corporaciones o burocracias privadas. Éstas son incompatibles con la idea de libertad e igualdad —incluso en sus versiones más individualistas— como fundamento del

58. Barber sostiene que necesariamente existirán tensiones, pero la democracia fuerte puede ser sólo una modificación de la democracia liberal. Una estrategia realista para dirigir el cambio político no puede ser revolucionaria si tiene a la democracia por objeto, como tampoco la reforma de las estructuras no puede esperar la desaparición de la sociedad liberal. *Ibid.*, p. 262.

59. Para un análisis crítico de las posibilidades de la democracia electrónica, vid. Fishkin, J., *Democracia y deliberación. Nuevas perspectivas para la reforma democrática*, Ariel, Barcelona, 1995, pp. 190-193.

sistema político, tanto por la naturaleza del escenario de sus relaciones, a la vez globalizado y des-localizado, como por el funcionamiento de sus mecanismos, que escapa a cualquier control de naturaleza democrática. Son el verdadero enemigo de las democracias, en cualquiera de sus formas o manifestaciones, amenazándola en todos sus puntos vitales⁶⁰. Si además añadimos la desaparición en los nuevos centros de decisión internacionales del consenso democrático necesario para que éstos se consideren legítimos y la imposibilidad de participar democráticamente en la toma de unas decisiones que van a incidir en todo el planeta, el panorama de la democracia no es alentador. Equivale a cruzar el umbral de lo que la democracia como proyecto histórico ha significado siempre en el campo político, esto es, como distribución del poder.

Las administraciones republicanas han confundido la extensión del *McWorld* (poder de las grandes corporaciones, la super-estructura ideológica del libre mercado y la homogeneización ética y cultural) con la de la democracia⁶¹. Nuestro autor lleva a cabo una crítica muy certera de las mediaciones a las que está sometida la democracia liberal. Critica sus preconcepciones y evidencia sus pocas insuficiencias. No obstante, cuando desarrolla su propuesta institucional de reformas políticas lo hace con demasiada precaución, incluso diríamos que lo hace con temor, situando sus propuestas bajo perspectivas estrictamente localistas o complementarias, pero sin comprometer de manera radical el complejo cristalizado de instituciones y organismos del sistema democrático liberal y representativo. Pretende dar acomodo a nuevas instituciones políticas sin destruir las bases o principios del liberalismo: ¿acaso es eso posible?

Barber es un autor crítico. En eso no cabe duda a la vista de la madurez y la consistencia con que compromete críticamente la suficiencia de las instituciones democráticas occidentales. Sin embargo, no cuestiona directamente el orden socio-económico capitalista con sus hegemonías y sus exclusiones. No olvidemos que es un autor liberal. Parece buscar atajos. Responsabiliza a las grandes corporaciones, pero absuelve a un sistema económico que ampara su funcionamiento y legitima sus operaciones. Expone la debilidad de los fundamentos políticos de la *thin democracy*, pero no parece preocuparse por sus influencias en la democracia fuerte. Con todo, sus planteamientos críticos son tan consistentes que no resulta difícil alinearse en su comprensión del fenómeno democrático. Máxime, cuando nos avisa de los peligros que para nuestros sistemas de gobierno entraña el poder casi omnímodo de las corporaciones transnacionales⁶². Trasponer pasos hasta ahora prohibidos, rompien-

60. Barber, B., *Strong Democracy*, cit., pp. 256-257.

61. Cfr. Barber, B., *Fear's Empire. War, Terrorism and Democracy*, Norton, New York, 2003. En sentido militar los EE.UU. juegan un papel global que ningún otro Estado desarrolla. Ahora bien, en la extensión de los mercados capitalistas globalizados, la política exterior de EE.UU. es auxiliada por una serie de aliados entre los que se encuentran tanto Estados, como organizaciones internacionales y otras instituciones económicas. Duong, T., *Hegemonic Globalization. US centrality and global strategy in the emerging world order*, Ashgate, Burlington, 2002, pp. 286-287.

62. Barber, B., "Making Democracy Strong", en Murchland, B., *Voices in America. Bicentennial*

do de manera definitiva con la lógica que hace posible el crecimiento hegemónico de este conglomerado público-privado de corporaciones transnacionales y sujetos institucionales regionales y multinacionales, es algo que en el caso de Barber aún está por ver⁶³, simplemente porque no lo hace⁶⁴.

¿Acaso tiene miedo a un cambio radical? Como decíamos Barber es un autor liberal, que además ha participado en la administración Clinton⁶⁵. El diagnóstico que nos sugiere acerca de la debilidad de nuestras instituciones es intenso y de actualidad. Además tiene una virtud: la de situarnos ante nuestra conciencia. Sin embargo, sus construcciones adolecen de dos tropiezos. El primero respondería a los problemas de inserción de sus descubrimientos de democracia en una poliarquía electoral cada vez más elitista. Es ésta una dificultad que no resuelve. El segundo bordea dos imprecisiones: (1) qué dosis de democracia representativa debe contener su modelo de democracia para que resulte operativo y, en caso de que no lo sea —cosa que parece más que posible a tenor de los principios y el acontecimiento cotidiano de la democracia representativa—, (2) qué otras vías o posibilidades se

Conversations, Prakken, Ann Arbor, 1987, pp. 170-171. Barber se opone a una idea de John Naisbitt quien considera que las corporaciones se están haciendo más democráticas. Según Barber es como si el absolutismo se volviera más democrático porque Luis XIV consultara a unos cortesanos antes de colgar a un campesino. Para nuestro autor puede que algunas cosas estén sucediendo de manera incidental, pero ello no equivale a aceptar cambios estructurales decisivos. De hecho nada ha cambiado y las corporaciones suponen una amenaza cada vez mayor para la democracia. Barber termina diciendo que, como ciudadano es optimista, pero como historiador y científico social es pesimista sobre el futuro. En este sentido también vid. Barber, B., *Superman and Common Men. Freedom, Anarchy and the Revolution*, cit., p. 105. Para el autor norteamericano el mercado está dominado por una serie de corporaciones jerárquicamente organizadas y capaces de manipular la política a su antojo.

63. A su juicio, la opción no es entre capitalismo y socialismo sino entre política y economía: entre vivir para nuestras necesidades, para la economía y la tecnología, y vivir para nosotros mismos tal y como nos definimos políticamente dentro de las comunidades que hacen posible la libertad y la igualdad. Elegir ambas es elegir contra la economía. Barber, B., “Contra la economía: Capitalismo o socialismo, pero ¿qué le pasa a la democracia?”, en Baumann, F. (comp.), *¿Qué es el capitalismo democrático? Esclarecedores ensayos para una definición de este polémico tema*, Gedisa, Barcelona, 1988, p. 55.

64. Barber desarrolla un procedimiento de prueba que denomina “ley de la realización incompleta”. Básicamente consiste en justificar la necesidad de que los principios democráticos pasen una especie de prueba en el supuesto de que no resultasen operativos completamente. Compara esta idea con los automóviles y las medidas de seguridad que se les exigen en caso de fallo mecánico. Desde su punto de vista, las ideas políticas deben hacer frente a una serie de condicionantes, tales como la naturaleza humana. Desde esta perspectiva el comunismo no pasa esta prueba, pero la democracia americana, a pesar de sus problemas, sí. Barber, B., “Why Democracy Must Be Liberal: An Epitaph for Marxism”, en Barber, B., *A Passion for Democracy*, Princeton University Press, Princeton, 1998, pp. 31-40. En este trabajo se muestra más claro aún en la aceptación de la *thin democracy*, pese a los tremendos problemas que conlleva y a su carácter inauténtico desde el punto de vista democrático. No en vano éste ha sido el sentir de toda su obra, sobre todo el de sus primeros escritos.

65. Vid. Barber, B., *The Truth of Power. Intellectual Affairs in the Clinton White House*, Norton, New York, 2001. En este libro Barber recoge sus impresiones sobre la administración Clinton.

pueden escrutar. Digamos que Barber se deja llevar por el entusiasmo de denunciar las insuficiencias democráticas de nuestro cuerpo político y no por una diferencia radical de punto de partida y de contexto. En todo caso, sus críticas y sus aportaciones deben ser tenidas en cuenta en cualquier reflexión útil que se haga sobre la democracia.

Pero, retomemos de nuevo la cuestión con que iniciábamos este asalto: ¿Es tan difícil hoy en día tomarse la democracia en serio? Parece como si nos bastara con nuestros modos y formas de democracia. Estamos tan habituados a ella, a utilizar y oír su nombre, incluso a, si se nos permite la expresión, a una idea romántica de sus problemas, que no reparamos en sus insuficiencias o en sus limitaciones. No la queremos abandonar porque no vemos en ella infidelidades ni falsedades, porque estamos acostumbrados “a llevar en sociedad un aliento deliciosamente refrescante” de *democracia*, que diría el maestro Camus. Pero también sabemos que en nuestro sistema político habitan apariencias, disputas y regresiones. Empero, preferimos no reparar en ellas. Hemos optado por absolver sus descomposiciones a fuerza de ignorarlas voluntariamente, porque en el fondo hemos puesto esta palabra clave *democracia* al servicio de nuestros deseos y de nuestras expectativas.

A esto hay que decir que la democracia no es ese ente abstracto o metafísico que permite obstinarnos en defender unas instituciones suficientemente malogradas por la abstracción individualista y capitalista. La democracia no consiste en esto. Ni se abstiene, ni se aleja de las plazuelas o las calles. La democracia es una práctica, que como reclama el propio Barber, se asienta nada más y nada menos que sobre la acción común, el trabajo común y la construcción común de nuevas posibilidades⁶⁶. Pero, la experiencia de los demócratas nos sugiere lo contrario: (a) Cada día la clase política se entrega, eso sí entre rumores visuales de democracia, a la visión apologética de los ideólogos-tecnócratas dominantes, o lo que es lo mismo a la “gubernanta sin gobierno”; (b) mientras tanto, el cuerpo electoral se encuentra progresivamente más defraudado y confundido con quienes asumen el papel político de sus representantes. Se ha pasado de una representación popular a una representación de los intereses económicos relevantes, que se manifiesta especialmente en el incumplimiento sistemático de las promesas electorales una vez alcanzado el poder. Quizás sea éste el principal obstáculo a la necesaria recuperación de la fe en las instituciones de gobierno. Es la nota cínica de la democracia.

La *real politik* se impone ahora con sus reglas y sus poderes fuera de control⁶⁷, en un contexto de desconciertos y pública desesperanza. O acaso en sus ámbitos no

66. Barber, B., *Strong Democracy*, cit., pp. 209-212.

67. Lummis, C.D., *Radical Democracy*, Cornell University Press, New York, 1996, p. 157. Para este autor las políticas democráticas tienen el inmenso poder de hacer posible lo que parece imposible antes de su puesta en práctica. Esto no es idealismo, ni sentimentalismo, sino realismo. Si todos los soldados rehúsan combatir, la guerra se extingue; si los ciudadanos toman las calles, las dictaduras caen. Y así muchas cosas más. Esta es la *real politik* de las políticas democráticas.

percibimos el aguardo expectante de la ultraderecha —por ejemplo en Europa como ya lo fuera en América Latina— con su populismo antidemocrático, el militarismo bondadoso con sus disciplinas o la huída territorial de los capitales con sus índices de desempleo. Es que somos incapaces de ver “la mentira democrática” que entraña un modelo de democracia cada día más elitista y supeditado a las necesidades de re-composición estratégica (política) del sistema de producción capitalista (mercantil) como sistema imperial⁶⁸. En fin, se ha desposeído a la ciudadanía, llamada aún sociedad civil⁶⁹, de la gran tradición democrática: de la capacidad de crear y disfrutar de nuevas posibilidades.

Por ello decimos que no se trata de expiar sino de rehacer la democracia. Prácticas como las del presupuesto participativo de Porto Alegre representan una buena muestra de que otras posibilidades son viables en el mundo real. ¿Democracia? No es sólo una palabra con la que ataviar vistosos discursos o con la que rotular crónicas o diarios. La democracia fuerte está aún por venir. Dejémos, pues, de vacilaciones y pensemos que en lo sucesivo el problema de la democracia no se ha de reducir a evidenciar sus insuficiencias representativas, sino a restaurar la idea de participación-compromiso y el valor de lo común. No disminuyamos su tamaño. Esta democracia todavía “representa un porvenir que realizar más que una adquisición que defender”⁷⁰.

68. Esta situación tiene como consecuencia fundamental que la delegación hacia arriba ha sido sustituida por la delegación hacia abajo y ésta, perpetuada de manera sistemática con el auge de las teorías neo-contractualistas de la justicia y el contexto geopolítico global. La diferencia entre la delegación hacia arriba y hacia abajo ha sido desarrollada por Barry Barnes en su célebre monografía titulada, *La naturaleza del poder*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1990.

69. Proponemos trascender el concepto de sociedad civil, pues la coyuntura histórica en la que surgió y se desarrolló difiere de manera radical de la actual. Hoy por hoy, la sociedad civil es más un concepto confuso que un instrumento certero para analizar la realidad social. La heterogeneidad, el antagonismo y la confluencia, con intereses estatales, por un lado, y la nueva red de relaciones globales ya referidas (instrumentalización del Estado-nación por agentes externos, nuevos procesos instituyentes globales), hacen que hablar de sociedad civil en este momento, precise de no pocas revisiones. Es preciso reparar en el carácter múltiple y diferenciado del cuerpo social, diferenciado del estatal o del puramente capitalista, al que de manera provisional denominamos *sociodanía*. En cualquier caso es importante buscar conceptos nuevos, que describan mejor las nuevas realidades de nuestro tiempo, frente a la percepción *unidimensional* de la idea de sociedad civil, ahora descontextualizada e históricamente agotada.

70. Mounier, E., “Carta abierta sobre la democracia”, en *Obras Completas*, cit., p. 334.

BIBLIOGRAFÍA

- Arblaster, A., *Democracia*, Alianza, Madrid, 1992.
- Barber, B., *Fear's Empire. War, Terrorism, and Democracy*, Norton, New York, 2003.
- Barber, B., *The Truth of Power. Intellectual Affairs in the Clinton White House*, Norton, New York, 2001.
- Barber, B., *Un lugar para todos. Cómo fortalecer la democracia y la sociedad civil*, Paidós, Barcelona, 2000.
- Barber, B., *Fe Constitucional*, en Nussbaum, M. C. (coord.), *Los límites del patriotismo*, Paidós, Barcelona, 1999.
- Barber, B., *A Passion for Democracy*, Princeton University Press, Princeton, 1998.
- Barber, B., *An Aristocracy of Everyone. The politics of education and the future of America*, Oxford University Press, London, 1994.
- Barber, B., *Contra la economía: Capitalismo o socialismo, pero ¿qué le pasa a la democracia?*, en Baumann, F. (comp.), *¿Qué es el capitalismo democrático? Esclarecedores ensayos para una definición de este polémico tema*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- Barber, B., *The Conquest of Politics. Liberal Philosophy in Democratic Times*, Princeton University Press, New Jersey, 1988.
- Barber, B., Watson, P., *The Struggle for Democracy*, Lester & Orpen, Toronto, 1988.
- Barber, B., *Making Democracy Strong*, en Murchland, B., *Voices in America. Bicentennial Conversations*, Prakken, Ann Arbor, 1987.
- Barber, B., y otros, "Telecommunications and Democracy", en *Democracy Project Reports*, nº 10, Telecommunications Research & Action Center, 1984.
- Barber, B., *Strong Democracy. Participatory Politics for a New Age*, University of California Press, Los Angeles, 1984.
- Barber, B., *Can America be Democratic? A Participatory Critique of the Liberal Consensus*, Loyola University of Chicago, Chicago, 1981.
- Barber, B., *The Death of Communal Liberty. A History of Freedom in a Swiss Mountain Canton*, Princeton University Press, Princeton, 1974.
- Barber, B., *Superman and Common Men. Freedom, Anarchy and The Revolution*, Praeger, New York, 1971.
- Barber, B., *Three Challenges to Reinventing Democracy*, en Hirst, P., Khilnani, S. (eds.), *Reinventing Democracy*, Blackwell, Cambridge, 1996.
- Barnes, B., *La naturaleza del poder*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1990.
- Bobbio, N., "El futuro de la democracia", en *Revista de las Cortes Generales*, nº 2, Madrid, 1984.
- Bologna, S., *Nazismo y clase obrera (1933-1993)*, Akal, Madrid, 1999.
- Bowles, S., Gintis, H., *Democracy and Capitalism. Property, Community, and the Contradictions of Modern Social Thought*, Basic Books, New York, 1986.
- Buchanan, J., Tullock, G., *El cálculo del consenso. Fundamentos lógicos de una democracia constitucional*, Espasa Calpe, Madrid, 1980.
- Duong, T., *Hegemonic Globalization. US centrality and global strategy in the emerging world order*, Ashgate, Burlington, 2002.
- Fishkin, J., *Democracia y deliberación. Nuevas perspectivas para la reforma democrática*, Ariel, Barcelona, 1995.
- Friedrich, F., Curtis, M., Barber, B., *Totalitarianism in Perspective: Three Views*, Praeger, New York, 1969.
- Lumms, C. D., *Radical Democracy*, Cornell University Press, New York, 1996.

- Miliband, R., "The Socialist Alternative", en Diamond, L., Plattner, Marc F., (ed.), *Capitalism, Socialism, and Democracy Revisited*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.
- Morin, E., *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Paidós, Barcelona, 2001.
- Morin, E., *Sociología*, Tecnos, Madrid, 1995.
- Mounier, E., *Obras Completas*, Vol. I, Sígueme, Salamanca, 1991.
- Parameswaran, M.P., "Democracy. Participatory Democracy", en Fisher, W.F., Ponniah, T. (eds.), *Another World is Possible*, Zed Books, New York, 2003.
- Rimmerman, C.A., *The New Citizenship. Unconventional Politics, Activism, and Service*, Westview Press, Boulder, 1997.
- Rodríguez Prieto, R., "Algunas consideraciones preliminares sobre el concepto de demoarquía", en Sánchez Rubio, D., Herrera Flores, J., Carvalho, S. (coords.), *Anuario Iberoamericano de Derechos Humanos (2001-2002)*, Lumen Juris, Rio de Janeiro, 2002.
- Rubio Carracedo, J., *¿Democracia o representación? Poder y legitimidad en Rousseau*, Madrid, C.E.C., Madrid, 1990.
- Soriano Díaz, R., y De la Rasilla, L., *Democracia vergonzante y ciudadanos de perfil*, Comares, Granada, 2002.
- Vallespín, F. y otros, *La democracia en sus textos*, Alianza, Madrid, 1999.
- Woods, E. M., *Democracy against Capitalism: renewing historical materialism*, Cambridge University Press, New York, 1995.